

G.K. CHESTERTON

LA ESTUPIDEZ DE LA GENTE CULTA

ARTÍCULOS
1912



G. K. Chesterton

La estupidez de la gente culta

Artículos 1912

*Edición de Pablo Gutiérrez Carreras
y María Isabel Abradelo de Usera*

*Traducción de María Isabel Abradelo de Usera
y Montserrat Gutiérrez Carreras*



© Ediciones Encuentro S.A. Madrid, 2025

© Edición de Pablo Gutiérrez Carreras y María Isabel Abradelo de Usera

Traducción de María Isabel Abradelo de Usera y Montserrat Gutiérrez Carreras

Índices onomástico y temático elaborados por Clara Abradelo Blasco

La traducción de la obra procede de la recopilación de *G.K. Chesterton: Collected Works*, vol. XXVIII, Ignatius Press, 1990. Se han conservado las notas al pie de página de dicha edición, a las que se han añadido las de los editores y las traductoras.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 164

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-219-6

Depósito Legal: M-2367-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción	7
Artículos (1912).....	9
Índice de nombres	215
Índice temático	219

INTRODUCCIÓN

Un año más, un nuevo Chesterton que nos deleita en el *Illustrated London News* con sus comentarios sobre la realidad que vive intensamente día a día. Para él, 1912 es el año de empezar a construir su estudio en Beaconsfield para guardar su utilería teatral para las marionetas y los disfraces de las obras de teatro con fines benéficos. Funda una compañía teatral, The Players' Club. Es también el año de declarar abiertamente su defensa de la alegría, de la risa y del optimismo con su novela *Manalive*, a decir de Ian Ker, su biógrafo, una de las novelas más autobiográficas que no deja de tener muchos elementos comunes con el resto de sus obras: la realidad viene a ser una sorpresa y la tristeza del hombre actual puede vencerse con el optimismo y la alegría. Desea que los hombres vivan la vida sin la cobardía de no tener sangre en sus venas sino en su máxima expresión, en la libertad y en el positivismo.

En la esfera política y social ocurren dos cuestiones que no le dejan indiferente: por un lado empieza a conocerse el caso Marconi, de negocios con información privilegiada sobre las acciones de bolsa que salpicó a David Lloyd George, Chancellor of the Exchequer (equivalente al ministro de Hacienda) y a alguno más de los ministros a quienes se le habían ofrecido acciones a precios especiales. Las acciones subieron y pronto se difundió el escándalo que no se acabaría de juzgar hasta 1913.

Por otra parte, la noche del 14 de julio se hundió el Titanic, el trasatlántico más grande construido y la prensa se hace eco de las diversas opiniones sobre la culpabilidad americana y la británica en este terrible drama en el que tantas personas fallecieron congeladas al caer al mar. Y las sufragistas intervienen en la disputa de quién debía de tener sitio en las barcas de salvamento.

Chesterton da conferencias, recopila sus artículos en antologías, y sigue denunciando, fiel sucesor de Dickens, los tremendos desequilibrios entre la forma en la que la justicia se aplica a los ricos y a los pobres y cómo las leyes se aprueban sin pensar en las consecuencias que van a tener para el pueblo.

Este periodista no olvidará a sus amigos, ni a sus enemigos. Shaw ocupa algunas páginas de este volumen, Shakespeare no puede faltar en cualquier ocasión. Y todo, narrado con sus finas paradojas, con su elegante falta de respeto por las imposiciones absurdas y su especialísimo sentido del humor. Este volumen tampoco va a defraudar a quienes busquen al concienzudo pensador y filósofo. En sus artículos de sábado, Chesterton tenía lugar para ser él mismo y también para preguntarse qué hace tan difícil la convivencia humana.

Pablo Gutiérrez Carreras

María Isabel Abradelo de Usera

ARTÍCULOS (1912)

6 de enero 1912

El gobierno, en Inglaterra y en Italia

En uno de mis periódicos favoritos, que todas las semanas se anuncia en letras grandes como «El órgano del movimiento progresista en religión y en ética social,» esta semana se publica un artículo sobre la espantosa situación de Italia. Este país parece tener un desastre de Estado. Un enviado de este medio comentó que había estado en Italia; había puesto un pie en esa tierra salvaje que todos conocemos como la frontera brutal de la historia de la humanidad y de la civilización. Parece que Italia está en una situación que, a nosotros, en Inglaterra incluso nos resulta difícil concebir como posible. Es (aparentemente) imposible creer a ojos cerrados en el honor de los promotores de empresas y de los financieros. No hay rastro de esa dulce e imprudente seguridad con la que usted o yo nos comprometemos en cualquier especulación comercial o con la que confiamos en cualquier agente comercial. O, una vez más, en ese país hay gente que padece esa enfermedad, que apenas se puede ver en nuestro país, pero a la que sus brutos antepasados romanos dieron el nombre de *fames*, añadiendo cínicamente que era la mejor salsa. Las prácticas políticas de los italianos son igual de distantes y de repulsivas porque, según parece, de vez en cuando les da por meterse en guerras de anexión —un término local y técnico que no tengo espacio para explicar—. Ni tampoco ¡Dios mío!, su estado religioso resulta más simpático al humilde y compasivo observador; porque en Italia hay muchas personas que no creen en el credo atanasiano. Como dijo la solterona cuando vio a una gran actriz retorciéndose en el suelo como Cleopatra, «¡Qué diferente de la vida doméstica de nuestra querida reina ya fallecida!».

Lo siento; pero esto es lo que realmente dice este hombre. Dice que estas cosas «demuestran la honradez política que les falta a los

italianos. Que son igualmente engañosos en sus negocios privados es la experiencia de cualquier viajero en esa tierra hermosa y privilegiada». ¡Qué diferente (lloro con la solterona) del estado de esta tierra aún más hermosa y todavía más privilegiada, donde nadie tiene malas experiencias en sus negocios privados, donde nadie encuentra nunca a nadie a quien le falte honradez! Dice que la situación económica es realmente triste, que «el país está plagado de mendigos, que tampoco se puede confiar en los comerciantes». ¡Qué diferente (exclamo de nuevo) del estado de Inglaterra, donde el lujo, la abundancia y la seguridad de las clases más bajas es tal que no se les puede pedir que mendiguen, aunque la policía constantemente les insta a que lo hagan! Dice, sobre el ataque a Trípoli, que la inmoralidad italiana queda de manifiesto por su desprecio del arbitraje y, sobre todo, «por la aprobación universal con que se considera esta campaña en Italia, el asombro y la indignación con la que recibe las críticas adversas de otras naciones del mundo sobre su actuación». ¡Qué diferente, una vez más, de nuestra moralidad inglesa, de la consideración fría, pero sensible que se dio a todos los aspectos posibles de la cuestión justo antes de la guerra del Transvaal! ¡Qué distinto de la lúcida penitencia y la humildad con la que recibimos el reproche general de Europa! Y dice que muchos italianos cultos «son en su mayoría ateos e infieles». ¡Qué diferente de la Inglaterra moderna! Supongo que si usted o yo nos encontrásemos con un agnóstico culto en sociedad apenas podríamos sobrevivir a la impresión.

Pero creo que mi párrafo favorito es el siguiente: describe con agudeza y vívidamente el contraste ente Italia y la Gran Bretaña moderna:

Parece a que Italia lamentablemente le falta espíritu público. Sus gentes no se enfrentan a sus propios problemas, sino que esperan que el gobierno tome la iniciativa en todas las reformas públicas. El resultado es una conciencia pública estancada, una falta de cooperación entre los ciudadanos mejor educados e influyentes, y una administración burocrática y lenta de los

asuntos públicos, porque se necesita el estímulo constante de la conciencia privada y confederada para mantener en el mejor nivel a las autoridades cívicas.

Por supuesto, las autoridades cívicas en Inglaterra trabajan al máximo. Puedo confirmar esta triste pero cierta imagen de la esclavitud latina. También he recibido información veraz de Italia. En una carta secreta, sellada con siete dagas, una calavera y huesos cruzados, una corona papal y un gorro frigio (una carta traída de contrabando mediante soborno a la policía italiana, cruel pero afortunadamente corrupta) tengo delante de mí una revelación completa de una intriga llevada a cabo recientemente en el parlamento italiano. Parece que el ministro de Finanzas, el señor Loido Giorgione, ha presentado al Parlamento (aunque, por supuesto, no al pueblo) una propuesta para obligar a los violinistas, bandoleros, organilleros, artistas, heladeros, etc. ociosos, a todos los que forman parte de la población italiana, a que renuncien a una gran cantidad de macarrones ante la posibilidad de que algún día tomen una pequeña cantidad de medicamento; y esta especulación tan particular sería impuesta a todo individuo italiano que fuera algo pobre por esa fuerza bruta de la *gendarmería* que es como se dirige el gobierno en esa tierra ruinosa. Indudablemente, hay mucho más que decir sobre esta especulación; la malaria y el cólera son malos, y puede que sea bueno que todos los italianos pobres puedan dormir tranquilos ante su amenaza. Pero también está claro que hay que decir algo en contra; y es que en todas las provincias de Italia se ha criticado esto tanto por los heladeros como por los dueños de los comercios que los contratan; la experiencia de todos es que, en el curso de cualquiera de las acciones italianas más comunes, pasear por el Corso (lo que quiera que esto sea), flotar en una góndola, visitar un volcán en erupción, que le capturen a uno los bandidos, etc. se oyen protestas de todo tipo de gente, ya estén bien o mal informados, contra la propuesta. Según los criterios más justos, con las expectativas más bajas, existían dudas y divisiones en las voces representativas de la política de que existiera suficiente evidencia de que Italia tuviera instituciones representativas.

¿Puede creerse que en este país maldito y predestinado la propuesta no llegó al Parlamento? El líder de la oposición, el señor Bonaro Legge, no se atrevió a votar contra el proyecto de ley. Sus seguidores no se atrevieron a votar en contra. Puede decirse que nadie, excepto Lansbiori, un obrero lombardo, y el Conde Roberto de Cecily, un aristócrata excéntrico, la han atacado. Se rechazó la enmienda más importante sin que hubiera división de opiniones. La segunda cámara italiana, ocupada por los Colonnas y los Strozzi¹ la aprobó de inmediato. Ni siquiera la pospusieron para discutirla (cosa que podrían haber hecho según la nueva constitución italiana). El ministro de Finanzas fue quien lo gestionó con su indudable energía y destreza.

Bien, dijo que no podríamos tener un mejor ejemplo de lo que el Órgano del Movimiento Progresista tan sabiamente lamenta; la pena es que la gente (en Italia) «espera del gobierno que tome la iniciativa en todas las reformas públicas». Si nosotros, en Inglaterra, hubiésemos intentado un experimento así con el proyecto de ley sobre seguros, el plan entero se habría fraguado en los corazones de todo el mundo; todos habrían entendido el proyecto de ley; nadie habría tenido dudas sobre el mismo; no se habría necesitado ningún ministro enérgico y diestro para sacarlo adelante; ningún funcionario lo habría observado con temor fundado o infundado; ningún político lo habría votado con dudas o cobardemente. Inglaterra lo habría hecho todo; pero Inglaterra es muy diferente de Italia.

13 de enero, 1912

Creencias místicas y gobierno popular

Ojalá que los números del periódico de Navidad saliesen después de Navidad, y no antes, porque es después cuando la gente percibe su brillo. Estoy escribiendo esto justo antes de Navidad,

¹ Familias italianas de gran tradición desde el Renacimiento. (N. de la T.)

y soy curioso y ambicioso; pero ustedes lo están leyendo justo después, y ya están saciados y serenos. Sin embargo, creo que hay que mantener la Navidad en la prensa, como en cualquier otro sitio, y un comentario de pasada me da una excusa. Cuando he señalado aquí últimamente que un cuadro de un tal Picasso me parecía una basura ininteligible, un picassiano respondió en un periódico que mis textos le parecerían una basura ininteligible a la gente normal. Y, en especial, eligió la proposición de que yo no podría explicar «al público» cómo puedo empeñarme en ser un radical avanzado y, sin embargo, aferrarme a ciertas «supersticiones» de las cuales la observancia de la Navidad es un ejemplo.

Bien, creo que puedo explicarlo fácilmente. Cuando la gente dice que no entiende las opiniones de Bernard Shaw, o las mías, quieren decir que no les gustan. No quieren decir que la estructura gramatical de las palabras no transmite una aserción inteligible. Si el Sr. Bonar Law dijese en el Parlamento «El taoísmo es la única religión verdadera», la gente se sorprendería muchísimo: podrían quedar desconcertados sobre los motivos o razones que tuviera. Pero es una tontería decir que les desconcierta el significado —su significado está totalmente claro—. Y cuando digo que, en mi opinión, el gobierno popular no puede existir sin las concepciones populares —como la Navidad— lo que quiero decir está perfectamente claro. Y podría comprometerme alegremente a explicar cuáles son mis razones a cualquier sala llena de personas adultas moderadamente civilizadas en cualquier lugar. Como acepto este reto, escribiré las tres o cuatro razones para creer que es necesaria una combinación de creencias místicas y de observancias en cualquier intento de gobierno popular. Aquí están: cualquiera puede decir que son una tontería, en el sentido de que sean una falacia, pero reto a cualquiera a decir que son una tontería en el sentido de que sean palabras vacías.

En primer lugar, la democracia se fundamenta en ciertos pensamientos o sentimientos. Si no se quiere denominarlo igualdad entre los hombres, puede llamarse similitud entre los hombres. Es el hombre considerado a la vista de las cosas que son habituales.

El nacimiento, el sexo y la muerte son los ejemplos más evidentes. Pero el nacimiento se olvida muy frecuentemente, y el sexo suele estar muy especializado y a menudo queda muy reservado: de ahí que sea la muerte en la que se piensa con mayor facilidad cuando se reflexiona sobre el destino común de los hombres. Pero aquí surge otra complicación. Porque, aunque la muerte es el hecho más obvio y universal, es también el menos agradable. Los hombres siempre evitan pensar en ella, a no ser que se presente a la luz de la dignidad o de la esperanza. Los materialistas más civilizados naturalmente pensarán en la vida como su único interés. Sin embargo, desafortunadamente, así como lo que más iguala a los hombres es la muerte, lo que más los hace diferentes es la vida. Las enormes desigualdades en riqueza, sabiduría o belleza son lo más importante para la imaginación si no existe un trasfondo cósmico que los eclipse a todas. Y la gente no pensará en un trasfondo cósmico si el trasfondo es negro. Sólo lo universal puede hacer que la fraternidad sea posible. Sólo lo fe puede hacer que lo universal sea soportable. En resumen: los hombres pueden aferrarse a la idea de «un hombre, un voto» si se asocia a la idea de «un hombre, un alma». Es seguro que no se detendrán en ello si solo se asocia a «un hombre, un ataúd».

Si la masa de ciudadanos es la que va a gobernar, es absolutamente necesario que tengan principios comunes de pensamiento muy sólidos. Donde el Estado se gobierna por los deseos de unos pocos (por ejemplo, el rey o los nobles) su acción y unidad sólo están protegidos por la indefensión de las otras partes. Pero si se gobierna por las voluntades de muchos, estos deben tener alguna norma que consideren ortodoxia o, al menos, como sentido común. Esto está detrás de la media verdad de los que dicen que el arte y la ciencia (al menos las de carácter más salvaje) florecen mejor bajo una aristocracia. En una democracia no pueden permitirse ciertos tipos de relajación. Se puede construir un muro con grandes rocas sueltas, porque son pocas. Pero si se quiere construir un muro de guijarros, se necesita un cemento fuerte.

El ideal democrático se ve constantemente arrastrado por las fascinaciones naturales y legítimas, pero en última instancia anárquicas,

de la belleza y el lujo terrenales. Para que pueda resistirse a ellos, es necesario que el ideal sea, a su manera, tan vívido y de colores tan brillantes como las pompas y vanidades de la tierra que lo rodea. Los dioses de los hombres deben ser tan personales como sus reyes. Gilbert se deleitaba con la incongruente conjunción de la Cámara de los Lores y las hadas en «*Iolanthe*»². Pero es totalmente cierto que las hadas y los lores en algún sentido son rivales. Es totalmente cierto que cuanto menos se permita a la gente pensar en los gorros rojos de los elfos y las estrellas doradas, más se verán obligados a pensar en las túnicas rojas y en las coronas doradas. El himno nacional de Inglaterra es en realidad «*Inclínense, clases medias inferiores*»; pero esto es porque las clases medias bajas en Inglaterra saben muy poco del país de las hadas. En Irlanda, donde no se han deshecho de los Peri³ les ha resultado mucho más fácil deshacerse de los Pares. Pero la única forma sobrenatural que puede sostenerse firme y seriamente y, sobre todo, con bastante seguridad es la de alguna religión auténtica: cuando dicha religión se debilita, las idolatrías mundanas siempre se cuellan. Cuando un niño moderno oye de una flor que se llama «*Lady Bedstraw*» o «*Lady's fingers*» erróneamente piensa que a Lady Smith o a Lady Robinson le pertenecen todas las flores salvajes de Inglaterra: lo que desde luego es cierto. Pero el término medieval era «*Our Lady's Bedstraw*». La civilización moderna ha mantenido la palabra más aristocrática «*lady*» y ha quitado la palabra más democrática «*nuestra*». El esnobismo es la religión de los agnósticos. Puede que esté equivocado, pero ciertamente no soy ininteligible si digo que los jóvenes modernos podrían pensar más en san Jorge de Capadocia y menos en san Jorge de Hanover Square⁴.

² En *Iolanthe*, los condes de Tolloller y de Mountarat son rivales por el amor de Phyllis, una pastora de la Arcadia a la que asisten a veces varias hadas.

³ En la mitología persa, eran criaturas delicadas y amables parecidas a las hadas. Chesterton aplica el término a las creencias irlandesas en las hadas.

⁴ San Jorge de Hannover Square era una iglesia famosa por ser muy exclusiva, especialmente para las bodas de la alta sociedad. Su carácter mundano contrasta con el heroísmo y la espiritualidad de san Jorge, santo patrón de Inglaterra.

Es imposible mantener una igualdad espiritual sin una autoridad espiritual, igual que es imposible tener una igualdad legal sin una autoridad legal. Porque la igualdad no es el caos; es un rango.

En resumen: el escéptico socava la democracia (1) porque no ve la importancia de la muerte y en cosas parecidas en las que hay total igualdad; (2) porque introduce primeros principios distintos, haciendo que el debate sea imposible: y el debate es la vida de la democracia; (3) porque la desaparición de las imágenes de personas sagradas deja al hombre demasiado dispuesto a respetar a las personas mundanas; (4) porque habrá más y no menos respeto por los derechos humanos si se tratan como derechos divinos.

Bien, todo lo anterior puede ser falso en teoría o falso de hecho o incongruente en el argumento; pero reto a cualquiera a decir que no tiene sentido, como el cuadro de Picasso no lo tiene. Y reitero mi criterio doméstico: que la señal y la prueba de que todo lo que no es un sinsentido es que puede (hasta cierto punto) explicarse claramente. Las cosas bellas pueden, más o menos, exponerse en público: aunque pocas de ellas pueden ser tan bonitas o tan populares como la Navidad.

20 de enero, 1912

Los riesgos del pensamiento extremo

Toda la gente pensante durante miles de años ha estado de acuerdo en que, cuando se ha dicho y hecho todo, existe algo llamado un término medio, aunque quizá la expresión en concreto no sea muy satisfactoria. El auténtico ideal es, más bien, el equilibrio o, en otras palabras, la nobleza. Hay algo que no es bueno en la palabra «medio», sin embargo, no es fácil encontrar una palabra que la sustituya que no tenga esa asociación negativa. No se puede esperar que nadie hable idealmente de su «medio»; el equilibrio se asocia con la aritmética y las finanzas; mientras que «médium» se asocia al espiritismo y a cierto tipo de chicle. El alumno de la



Artículos 1912

nº 7

1912 es el año correspondiente a este séptimo volumen de los artículos de G.K. Chesterton. Año del hundimiento del Titanic; del setenta aniversario del semanario londinense *The Illustrated London News* para el que escribió entre 1905 y 1936; año del escándalo Marconi, que puso en jaque a David Lloyd George, Chancellor of the Exchequer (equivalente al ministro de Hacienda, en Inglaterra); año de la publicación de su revitalizadora novela *Manalive*, así como de la publicación del conjunto de ensayos *The Great State* de H. G. Wells, con quien continuará sus divertidas, inteligentes y lúcidas discusiones... sin olvidar a un contrincante habitual: el dramaturgo George Bernard Shaw. 1912, el año en que Chesterton funda The Players' Club, una compañía teatral, y cuando comienza a construir su estudio en Beaconsfield.

Los intereses de Chesterton son muchos, pero su mirada no es dispersa sino precisa, rebosante en ingenio y humor hasta la hilaridad, a la vez que elegante y erudita, una mirada que parece no dejar nada fuera de su campo de visión: las feministas y la discusión sobre quiénes debían tener prioridad en las barcas de salvamento cuando el naufragio del Titanic; los intelectuales y la opinión pública; la apatía de la sociedad y los fundamentos del Estado; los legisladores y aquellos proyectos de ley que carecen de principios precisamente porque los políticos se ponen de acuerdo «sobre el principio» de tal proyecto; la literatura de Tolstoi, Dickens, Dostoievski, Byron, Wilde, entre otros; y la estupidez de la gente culta, esa que dice Chesterton se encuentra «en la gente próspera e incluso poderosa (...). Y la señal de esta estupidez, en todos los casos, es una total irreflexión; la costumbre de empezar una frase sin saber o preocuparse de cómo va a terminar».

LA ESTUPIDEZ
DE LA GENTE
CULTA

G.K. Chesterton?

Déposito Legal: M-2367-2025



ISBN: 978-84-1339-219-6



9 788413 392196